

Henry Graham Greene

Hasta en los dominios del mal, destella la esperanza

Luis Rivas Rivas

La magia de las historias de Graham Greene fluye de la convergencia de factores muy sugestivos: corte policial de los relatos, suspenso cinematográfico, graduación de los efectos, humor que matiza los instantes dramáticos. Tales atributos le dieron al autor de *El tren de Estambul* una popularidad que hoy –a veinte años de su deceso– se mantiene intacta. Sin embargo, lo que reviste trascendencia en sus mejores novelas –*El poder y la gloria*, *El revés de la trama*, *El fin de la aventura*– no reside en las animadas peripecias del relato sino en el conflicto que ocurre en el alma de los personajes; un drama que se instala, no en el mundo exterior, sino en los estratos más íntimos del protagonista.

Comentando una obra de Heinrich Böll (1988), Vargas Llosa se preguntaba: “¿Puede un creyente ajustar enteramente su vida, tanto en lo esencial como en lo accesorio, a los preceptos evangélicos, o es inevitable que viva escindido entre su comportamiento y sus creencias?”. Una tentativa de respuesta a tal interrogante la hallamos –si nos circunscribimos al ámbito literario– en las novelas de Graham Greene. Varios críticos –entre ellos, Ignacio Valente, Charles Moeller, Vargas Llosa– incluyen al citado escritor inglés entre los novelistas que, desde diversas perspectivas, han abordado el tema cristiano del pecado y la gracia.

Precedieron a Greene en esta línea temática los franceses Paul Claudel, Georges Bernanos, François Mauriac y Julien Green. Sin embargo, son notorias las diferencias entre estos últimos y aquél. Valente las precisa, en base a la disímil tradición literaria de la que parten: “La novela del pecado y la gracia –dice en un ensayo sobre el tema– es francesa en forma predominante. A Bernanos, Julien Green o Mauriac les bastaba una simple alusión en la primera página para congrega a lo ángeles y los demonios en torno a sus personajes. En cambio Graham Greene, descendiente de una tradición nada teologal –Dickens, James, Conrad–, debe desarrollar recursos formales muy distintos para hacer presente lo sobrenatural sobre la faz de esta ‘tierra baldía’ que es la suya” (*El pecado y la gracia en Graham Greene*).

Mario Vargas Llosa traza el deslinde en función de otro criterio. En su análisis de *El fin de la aventura* (que subtitula *Milagros del siglo XX*), escribe: “Las novelas de Greene, como los misioneros, no orientan sus empeños hacia los creyentes convencidos, sino a

los dudosos y atormentados, y a los no creyentes, a los que muy sutilmente tratan de ganar para la fe”. Luego afirma que Greene difiere de otros novelistas católicos como Mauriac o Claudel, en que éstos, “cuando abordan el tema de la fe, la presuponen en el lector, y el que no la comparte o la comparte con traumas, queda excluido de su mundo. Si a alguien se asemeja Greene es más bien a Georges Bernanos o a Unamuno, que vivieron también la fe como drama y agonía y supieron llegar en sus libros a creyentes e incrédulos por igual”.

Criterios, en apariencia, divergentes; en el fondo, complementarios. En efecto, las novelas de Graham Greene tienen, a primera vista, un semblante profano, más cercano al giro policial que a la intención edificante. En escenarios deprimentes, se advierte por doquier el predominio del mal, del pecado. Su acoso sobre los protagonistas es implacable y se da en dos dimensiones: en el plano externo y en su intimidad.

En *El poder y la gloria* –ambientada durante las persecuciones religiosas en México, bajo el presidente Calles (1924-1928) y su gobernador de Tabasco, Garrido Canabal– se refiere la odisea de un sacerdote, quien vive en continuos sobresaltos para salvar su vida. El teniente de policía que lo persigue con empeño tenaz nos recuerda al Javert de *Los miserables*, siempre tras los pasos de Jean Valjean. Pero el personaje de Hugo sólo anhelaba poner tras las rejas a su víctima; el policía mexicano, en cambio, crédulo de la retórica revolucionaria, quiere matar a su fugitivo y a todos los clérigos, porque le han engañado que sólo así será posible establecer la “sociedad ideal”. (En su obsesión persecutoria, no repara en que él es el único que toma en serio aquel embuste, pues todos sus jefes y camaradas militan en la revolución sólo para disfrutar de privilegios y poder).

Se repite aquí el discurso de los sistemas totalitarios –nazismo, comunismo– en su persecución contra los cristianos. Acaso por eso, como se ha observado, perseguidor y perseguido son anónimos. Ambos personajes son emblemáticos: encarnan la confrontación milenaria entre el poder político que perpetra el genocidio y la fe cristiana que se glorifica en el martirio.

Pero no es ésta la única batalla del fugitivo, la más dura se libra en su interior. El poder de las tinieblas lo ataca también desde adentro. Sabe que en aquellos días cruciales él representa la fe, pero su conducta no corresponde a su ministerio. Ha ido cediendo terreno a las bebidas alcohólicas, al orgullo y, en algún momento, a la lujuria. Quiere huir del doble acoso de las fuerzas del averno, pero sabe que él es el último cura del estado (los demás han muerto o logrado escapar) y, por tanto, tiene deberes ineludibles con sus

feligreses, con la humanidad. Vacila entre su afán de fuga y su compasión por los otros. Al final, opta por cumplir sus deberes de sacerdote. Se pone en riesgo, es capturado y...ejecutado. Muere como mártir de la fe.

Críticos de diversas tendencias coinciden en la percepción de la tesis que subyace en la novela: la misericordia divina es tan excelsa, tan sublime, que desciende con su gracia no sólo sobre aquellos que alcanzaron en su vida niveles heroicos de santidad, sino también sobre los creyentes comunes. Para estos últimos, a pesar de sus flaquezas, Dios provee medios que les abren acceso a la salvación eterna.

Si excluimos el caso del sacerdote (quien alcanza nivel excepcional con su martirio), la tesis de la misericordia divina que alcanza a los creyentes comunes y hasta a quienes se decían ateos, es más perceptible en las otras dos novelas de Greene, que algunos críticos han llamado teologales. En *El fin de la aventura*, Sarah, mujer casada, engaña a su esposo con Maurice Bendrix. Durante una de sus citas clandestinas, ocurre un bombardeo nazi (segunda guerra mundial) y un proyectil impacta en la pensión donde se halla la pareja infiel. Bendrix, intentando escapar, queda bajo los escombros. Cuando recobra el conocimiento y busca a Sarah, la encuentra orando. Esto le sorprende pues ambos son ateos.

En adelante, ella no acude a las citas. Maurice le encarga a un detective seguirla pues sospecha que tiene un nuevo amante. La verdad es que Sarah se ha convertido al catolicismo. Después de su muerte, Bendrix se entera, gracias al diario que ella dejó, que en su conversión hubo de por medio un milagro. Tras la caída del proyectil, ella encontró a Maurice inerte bajo los escombros. Angustiada, pronunció por primera vez una oración. Le rogó a Dios por la vida de Maurice y le prometió no reincidir en el adulterio. Se produjo el milagro, y Sarah, convertida a la fe por la gracia divina, alcanzó la salvación.

En *El revés de la trama*, Scobie anhela vivir sus principios cristianos. Su entorno es un infierno. Y él necesita sentirse redentor de los más débiles para movilizar su afecto. Ama sólo cuando detecta en el otro una necesidad, cualquiera que ésta sea. Es él quien debe dar, no pide nada a cambio. Empero, de pronto, advierte que está cediendo al influjo del mal. Tras severa introspección, descubre que la tendencia compasiva que motiva sus gestos generosos tiene un fondo egoísta. Por compasión auxilió a la infortunada Hellen, pero ello derivó en una relación ilícita. Y para no hacer sufrir ni a la esposa ni a la amante —en el caso de que optara por una de ellas— decide suicidarse. Se siente espiritualmente fracasado. Pero uno de sus actos compasivos fue sin duda generoso. Al atender a una niña náufraga moribunda que anhelaba la compañía de su padre, Scobie le pide a Dios:

“Padre, concédele la paz. Despójame de mi paz para siempre, pero dásela a ella”. La niña muere, con sosiego, pues cree que quien está a su lado es su padre. Por este acto generoso –así se ha interpretado– la misericordia divina perdona a Scobie.

Estas tres novelas figuran entre las que con mayor hondura han abordado el conflicto entre el bien y el mal, que se da no sólo a nivel cósmico sino también, y trágicamente, en el corazón humano. Y con respecto al aparente “silencio de Dios” frente a los males del mundo, Charles Moeller sugiere que así piensan quienes, confinados en la rutina del rito, no abren la Biblia para escuchar la Palabra de Dios, “antorcha que alumbraba en lugar oscuro –dice el Libro Sagrado– hasta que el día esclarezca y el Lucero de la Mañana salga en vuestros corazones”.

Graham Greene, nacido en Berkhamsted, Hertfordshire, el 2 de octubre de 1904, y muerto en Vevey, Suiza, el 3 de abril de 1991, sigue suscitando, con sus obras, honda reflexión y análisis. Moeller lo llama “mártir de la fe”. Vargas Llosa subtitula su ensayo sobre *El poder y la gloria*: “El derecho a la esperanza”.